

Presentación El libro de la confesión **José Pedro Manglano**

Gracias a Juan Manuel de Prada por presentar este libro. Presentar es la acción de poner delante, mostrar, ofrecer un don, de ahí 'presente'. Me alegra que este trabajo se done por las manos y voz de Juan Manuel de Prada, todo un maestro de poner delante de sus lectores reflexiones, consideraciones, sentidos y sinsentidos de nuestra sociedad.

Gracias a todos los que habéis venido, gracias por vuestra presencia y vuestro interés: sin vosotros este don sufriría una irrecuperable frustración, ya que un don que no se hace presente al destinatario –un don que no se da- es un don frustrado.

Gracias a la editorial Planeta, o mejor, a todos los que trabajáis en la casa Planeta. Laura, Lola, Ana, Sonsoles, Joan Eloi, Rafael, Sofía... y muchos otros que han intervenido en la elaboración del libro. Y unas gracias muy especiales a Ricardo Artola y Andrés Laina.

Estos agradecimientos no son protocolarios. En esta casa –Planeta- se trabaja muy bien. Cuando un autor llega con su criatura cariñosamente envuelta entre sus portadas, la pasa oculta ante los atentos conserjes, le echa las últimas miradas en la privacidad que le ofrece la cabina del ascensor, le dedica sus últimas sonrisas cargadas de satisfacción mientras recorre el corto pasillo del ascensor a la derecha, abre la puerta que le da acceso a la zona definitiva, llama a la puerta blanca limpia de rótulos, escucha un rápido 'sí'... y –por fin- la deposita cuidadosamente sobre la siempre ordenada mesa de trabajo de Ricardo... Cuando el autor –decía- llega con su criatura y ve cómo es desnudada, sometida a críticas y piropos de Ricardo y Andrés, y se le hace la cirugía, y se le disimula ese bulto, y se le maquilla la frente, y se le pintan

los ojos, y se le viste... Cuando el autor –decía- llega con su criatura y ve que por cada departamento que pasa es bien mirada y cuidada, en poco tiempo el autor contempla que su criatura ha sido transformada, que ha madurado... Por esto digo gracias, y Pipa os dice gracias.

Permitidme que pase a hacer alguna consideración acerca del libro de la confesión.

Las dos guerras de la primera mitad del siglo XX dejaron al hombre desconcertado e inseguro. No ha logrado salir de esa incómoda situación. Lógico, ya que –a mi juicio- los presupuestos que hicieron posible esas catástrofes no han cambiado. Entiendo que **este libro trata de su origen más remoto: la conciencia, la libertad creadora de bien de y de mal**, la posibilidad de dejarse dominar por el mal creado o, por el contrario, la posibilidad de liberarse de él. **No gusta al hombre de hoy andarse con culpabilidades**, que le suenan más a sumisión que a conquista de la propia dignidad. Por esto, soy consciente de que lanzar este libro a nuestras librerías es como lanzar una verdadera bomba de oxígeno en una sociedad cargada, de aire viciado; ojalá suponga una descarga de aire de libertad que permita a algunos ensanchar los pulmones del corazón y volver a respirar hondo superando la asfixia que tantas veces nos ahoga.

A pesar de la sorprendente capacidad del ser humano para acostumbrarnos a todo, sin embargo, no es infrecuente que oigamos una exclamación sugerida en nuestro interior: **¡pero cómo es posible tanto mal!** ¿¡porqué?! ¿¡cómo puede ser así!?... y otras por el estilo. Así es: el hombre tiene la capacidad de crear mal. Y el mal guarda su energía, una fuerza que envuelve y atrapa, que deslumbra con el morbo de su poder... a no ser que uno se rebele contra él.

Por eso, cuando me preguntan a quién **va dirigido** el libro, suelo contestar: **a los rebeldes, a los que aman la libertad, a los que entienden que la dignidad de ser persona les obliga a realizar una vida buena y bella**, a los que no quieren esclavizarse al mal y a la animalidad, a los que tienen el valor de admitir que han creado mal y quieren rechazarlo y liberarse del poder maligno que habita en ellos...

Rebeldía, sí. Es preciso rebelarse contra los ocultamientos y disimulos que nos quieren hacer pensar que el hombre es perfecto y autónomo. Sabemos que no es así. ¿No es verdad que cada día experimentamos mil fracturas que nos dicen que no somos ni hacemos lo que queremos? Así lo dice la distancia entre la hora prevista y la real al levantarnos, al acostarnos, o la distancia entre lo que queríamos comer y lo que comemos, o queríamos fumar –con perdón- y fumamos... Acabemos con esta tensión que generamos gratuitamente: **el hombre es bueno, por supuesto, pero está embrutecido, tarado, desintegrado, tocado... Este es un punto de partida imprescindible**. El embrutecimiento del hombre es consecuencia de sus propios actos. A esto se refiere el cristianismo con la categoría de pecado original y concupiscencia.

¡Qué fáciles son las cosas cuando las aceptamos como son! Lo malo es malo y lo bueno es bueno. Así de fácil. **Asesinar y pretender seguir siendo decente... se puede intentar pero, si se consigue, el envilecimiento de las personas y la degradación de la sociedad no tiene límites** (¡bastantes experiencias hemos tenido ya en el siglo XX como para seguir chupándonos el dedo!). Es mejor que no violentemos la conciencia.

El hombre del siglo XXI no será capaz de empuñar con brío y energía las riendas de su propia vida y de la sociedad si no busca arreglar los problemas donde estos se

originan: en el corazón del hombre. De nada servirá cambiar todos los conductos de una calefacción si lo que está estropeado es la caldera. Del mismo modo, son apaños ilusorios las medidas que se adopten que no se dirijan a ayudar a cada hombre a sanar su corazón. **Del corazón del hombre es de donde salen las maldades**, dijo con fuerza Cristo hace ya muchos siglos.

Reconocer la culpa hacia dentro y rechazarla, reconocer la culpa hacia fuera y confesarla, son la condición imprescindible para obtener el perdón y liberarse de ella. En contra de las filosofías imperantes el siglo pasado, que han interpretado que reconocer la culpa provoca un trauma, el cristianismo sigue proponiendo que lo que traumatiza es no reconocerla.

Me hubiese gustado titular el libro con una sola palabra: **sencillamente**. Este es el adverbio de la confesión. Si la verdadera historia de la humanidad se escribe en los confesionarios –como postulo-, también es cierto que eso ocurre envuelto en una desproporcionada y desconcertante sencillez. **El poder de Dios libera al hombre en su corazón, así, sencillamente, en la nada espectacular ceremonia de una humilde confesión.** Solo la fe dice que con las palabras de la absolución saltan por los aires las cadenas opresoras del corazón humano. Pero muchos testimonios corean que algo habrá, pues ¿Por qué las culturas católicas son siempre alegres? ¿Será porque han aprendido el poder liberador de la confesión? La única religión que ha resuelto con eficacia el problema de la culpa es el catolicismo; el propio Chesterton, al convertirse al catolicismo, declaró que el principal motivo fue la confesión. Algo tendrá.

No debo alargarme. Termino reiterando mis agradecimientos, y formulando el deseo de que Pipa consiga llegar a muchos corazones, que muchos encuentren la fuerza para rebelarse contra las esclavitudes que les

atan, y se abran a la liberación del perdón: los creyentes superarán la culpa en la confesión, al ponerse – sencillamente- delante del poder pleno procedente de Dios, que Cristo quiso vincular a la acción de la Iglesia; los no creyentes, gozarán de la sabia y pacificadora práctica de perdonar y pedir perdón.